

los deleites han sido, por el contrario, la causa principal de su ruina.

La Asiria, la Persia, el Egipto, la Grecia, la Italia, han sido grandes y victoriosas mientras han preferido las costumbres agrestes y sencillas, la vida trabajosa y activa á las dulzuras de la molicie y del reposo; pero desde que se dejaron arrastrar por el atractivo de los placeres, quedaron muy pronto enervadas en la torpeza de una vergonzosa decadencia. A la vista del cuadro de un pintor distinguido, en que se veía representada con rasgos admirables una página de esta época lamentable de la historia romana, la pluma de un folletinista volviéndose de improviso grave y filosófica escribía lo siguiente:

“Hélos ahí recostados, con la cabeza baja, los brazos caídos, los músculos laxos, inertes y soñolientos, vencidos por el vicio, aquellos cuyos antecesores han vencido al mundo. El vino y las cortesanas han sido mas fuertes que los bárbaros: esas frentes que no podían plegar los cascos de bronce con monstruosas cimbras, se doblegan ahora bajo el peso de coronas de flores: las copas se escapan de esas manos trémulas y débiles que en otro tiempo apretaban fuertemente los puños de las espadas.¹”

Es necesario oír también de qué manera increpaban los deleites Salustio, Ciceron, Juvenal, Séneca y tantos otros filósofos romanos, que conocían bien lo que minaban sordamente las fuerzas vivas de su patria, y la amenazaban de una ruina próxima. “Desde que el contagio de los vicios se ha extendido sobre nosotros como una peste, dice Salustio, todo se ha cambiado en la ciudad: los cuerpos y las almas se han afeminado, y no sienten sino la pasión del reposo, de las riquezas y de los placeres.²”

“La disolución se ha apoderado de la ciudad, dice á su

1 Teof. Gautier, *Revista de salon*, 1847.

2 *Conjuración de Catilina*.

turno Ciceron: ella ha engendrado la avaricia, ésta la audacia y el orgullo, y de ahí han salido todos los géneros de crímenes y de iniquidades.” “La voluptuosidad, añade Juvenal, mas terrible que las armas, ha vengado de Roma al universo vencido.”

Hasta en los mas ilustres conquistadores se ha hecho sentir el poder de este agente destructor. Alejandro, como dice Quinto Curcio, fué vencido por los vicios; lo que no pudieron hacer las armas de los persas: Anibal vió extinguirse en el reposo y las delicias el valor de sus soldados: Babilonia y Capua ofrecerán siempre un grande ejemplo del peligro que ofrecen los encantos engañosos del placer.

Ilustrados por la experiencia y por las luces que Dios ha dejado brillar en el fondo de todas las conciencias, los sabios de la antigüedad olvidan un instante las costumbres de su tiempo, y desprendiéndose de los sistemas filosóficos en medio de los cuales vivían, enseñaron y escribieron con mucha frecuencia, que era necesario resistir á los malos instintos de la naturaleza, y precaverse de los atractivos del deleite como de los cantos de la Sirena seductora y de las bebidas embriagantes de Circe. Platon llama al deleite el alimento de todos los males: Ciceron pretende que nada es mas funesto, y pone estas palabras en boca de Architas de Tarento: “¡Oh buenos jóvenes! no hay peste mas terrible que los goces materiales; de ahí emanan todos los crímenes: ellos son los mas crueles enemigos del espíritu divino que reside en nosotros.” Cuenta también que habiendo sabido Marco Curio que en Atenas enseñaba un filósofo, que el deleite debía ser nuestro único objeto, deseaba como buen romano, se llevase esta doctrina á los samnitas ó á los estados de Pirro, á fin de que se les pudiese vencer fácilmente.¹ “Yo no considero dichoso, decía Séneca, sino á aquel cuyo mas grande placer es despreciar los placeres.²” Con relacion á

1 *De Senectute*, XII.

2 *De Beat. vit.*, 3 y 4.

Horacio se dice, que el atleta debia abstenerse de vino y de placeres, para adquirir la fuerza que le haria vencedor en los juegos olímpicos.¹

El pueblo romano erigió al gran Caton una estatua en cuyo pedestal no se recordaban sus hazañas, ni su triunfo, ni la España ni las Termópilas, sino el servicio que habia hecho á la república restableciendo las antiguas costumbres, cuya alteracion la habia puesto en la pendiente de su ruina. Las mas famosas legislaciones de la antigüedad estaban formadas sobre este principio: que es necesario preservar á los hombres por el trabajo y el sufrimiento de la debilidad y entorpecimiento de los placeres. Segun Xenofonte, los persas acostumbraban á sus hijos á soportar el frio y el calor, el hambre, la sed, y toda especie de privaciones y fatigas. Licurgo introdujo en Esparta la temperancia, el desprecio del lujo y los ejercicios violentos y guerreros. Nada seria mas fácil que multiplicar las citas y los ejemplos para probar que en ese viejo mundo al que debia matar el deleite, habia estado en una parte á lo menos, reconocida y practicada esta verdad que se rehusa hoy escuchar aun cuando Jesucristo la haya formulado tan clara y absolutamente: "*Si alguno quiere seguirme, que tome su cruz y que renuncie á sí mismo.*"

Aquí se presenta una objecion especiosa á primera vista, y que muchas gentes admiten como una prueba contra la redencion de Jesucristo: esta objecion es la que los iroqueses dirigieron á un santo misionero que se esforzaba en inculcarles los principios evangélicos. "Pues que el sufrimiento es tan gran bien, le decian ellos, el mayor servicio que podemos prestarte es el de hacerte sufrir mucho." Discurriendo del mismo modo se diria: si Jesucristo no ha venido á este mundo sino para predicar el amor al sufrimiento, ¿qué servicio le deberia entonces la humanidad? y ¿cómo justificará la promesa que ha hecho de consolar los males de aquellos que se dirigieren á él?

¹ *Ars. poet.*

Nos bastaria para destruir la fuerza de la objecion, oponer, sin inquietarnos de una contradiccion aparente, oponer, decimos, á ese racionio, hechos que son irrecusables y que prueban hasta la evidencia, que el sufrimiento ha sido para los hombres un principio de vida, y el placer, al contrario, un germen de muerte. Pero para disipar enteramente la duda que nace de la contradiccion aparente, basta formarse una idea neta del sufrimiento, y entender bien el pensamiento de Jesucristo. ¿El sufrimiento es, pues, ó ha sido para Jesucristo una cosa absoluta? ¿ha querido confundir el sufrimiento con la dicha? No sin duda, porque entonces el hombre sufriria sin esperanza y sin objeto: como ha considerado Jesucristo el sufrimiento es como una cosa relativa á cierto estado; como un medio, como un correctivo del mal. La humanidad, segun hemos dicho, no está ya en estado sano; y no conviene tratarla como si se hallase en la plenitud y en el vigor de la salud: la humanidad está enferma, y es necesario por lo mismo tratarla como á un enfermo. ¿Qué hace, pues, el médico cuando le llamamos cerca de nuestro lecho de dolor? ¿Nos aconseja tomar los alimentos que nos son gratos, seguir los gustos que nos inspira la naturaleza y hacer en todo lo que nos agrada? Lejos de esto, nos da bebidas amargas y repugnantes; segun el grado y naturaleza del mal nos prescribe un simple régimen ó nos somete á una curacion dolorosa, á operaciones terribles que hacen temblar de espanto. Le acusamos con todo eso de no haber venido sino como un enemigo para agravar nuestros dolores; y esos instrumentos de la cirugía cuya sola vista nos hace palidecer, nos parecen inventados por un genio hostil á la especie humana. ¡Pues bien! esas medicinas, esos instrumentos en la mano del hombre para la curacion del mal fisico, son lo que las mismas enfermedades, las penas, los trabajos en la mano de Dios para la estirpacion del verdadero mal. En el orden sensible como en el orden superior, la ley es la misma y tan antigua como el mal: "*El remedio del desorden será el dolor.*"¹

¹ Véanse las *Tardes de San Petersburgo.*

Dios, dice Bourdaloue, envía el dolor al hombre como una pena de su desobediencia y de su rebelion, y esta pena es al mismo tiempo con relacion á nosotros satisfactoria y preservativa: satisfactoria por el pecado cometido, preservativa para impedirnos el cometerlo; satisfactoria porque hemos sido prevaricadores, y preservativa para que dejemos de serlo."

Partiendo de este punto de vista, el sufrimiento no es en sí mismo un bien; es, por el contrario un mal; mal que no llega jamas á Dios, soberana perfeccion, para turbar su eterna felicidad; pero relativamente al hombre culpable y corrompido, es una necesidad y un beneficio. ¿Qué seria necesario entonces, para que el sufrimiento no tuviese objeto, fuese un mal absoluto y llegase á ser imposible sobre la tierra? Que el hombre dejase de ser pecador. Jesucristo obra, pues, como un médico sabio que prescribe á su enfermo un sistema de vida higiénico, no permitiéndole abandonarse á todas sus inclinaciones, sino imponiéndole ciertas privaciones cuyo efecto es prevenir graves sufrimientos ulteriores, que para curarlos seria necesario el temible uso del hierro y del fuego. "Entrad, ha dicho á los hombres por la puerta estrecha, porque ella sola conduce al reino de Dios: no entrais por la vía espaciosa porque ella conduce á la perdicion: luchad contra vuestras malas tendencias, porque si sucumbís, os prepararéis los mas terribles castigos." Sócrates comprendia esta verdad cuando dijo: "Si alguno ha cometido una injusticia debe correr adonde le espera un pronto castigo cerca del juez ó cerca del médico. Que se acuse él mismo; que manifieste á toda luz su falta, á fin de que sea castigado y curado: que al hacer su propia acusacion no escuse nada, y que se entregue decididamente con los ojos cerrados á las operaciones del médico, en el temor de que esta enfermedad del alma no degenerare con el tiempo en una úlcera incurable."

Es pues una verdad irrefragable que al prescribir Jesucristo la vía estrecha, ha querido prevenir al mismo tiempo

este primer paso del prevaricador; y que si el hombre se lanzase valerosamente en ese sendero de abrojos y espinas; si las instigaciones del placer ó del interes no le hiciesen retroceder nunca ante las exigencias del deber; si persistiendo en una firme resolucion no se dejase arrastrar á la pendiente de sus instintos desordenados, la tierra no tendria sin duda que llorar los males que nacen de los excesos y de las injusticias de sus hijos, y el cielo, armado de sus rayos, no tendria que herir á estos hijos rebeldes para castigarlos y corregirlos.

Necesario es, pues, convencerse de que los dolores que nos afligen vienen menos de las dificultades, de las resistencias que nos opone la naturaleza, que de nosotros mismos, y del principio corruptor al cual remitimos la direccion de todos nuestros actos. "Del corazon de los hombres es de donde salen, ha dicho Jesucristo, los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los latrocinios, la avaricia, la bellaquería, las impurezas, la blasfemia, el orgullo, el desarreglo del espíritu."¹ Y San Pablo, comentando las lecciones de su Maestro, atribuye al principio del mal la idolatría, los envenenamientos, las enemistades, las disensiones, las herejías, los celos, las animosidades, las envidias, los homicidios, la crápula, los excesos de la disolucion y todos los demas crímenes.²

Si todas estas prevaricaciones desapareciesen de en medio de los humanos, las tristes consecuencias que de ellas resultan desaparecerian igualmente, y quedarian cicatrizadas nuestras mas hondas llagas.

Poseido de esta idea un médico de nuestros dias ha proclamado altamente, que la religion de Cristo era no solamente la verdadera como filosofia y como ciencia, sino tambien la sola útil bajo todos aspectos como higiene y medicina moral; porque, dice, la educacion anticristiana engendra una multitud de hábitos contrarios al orden natural de la vida;

1 S. Marcos, cap. 7.

2 Epíst. de S. Pablo á los gálatas.